

Respetables miembros de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, familiares, amigos y demás invitados:

Es para mí un gran honor recibir este importante reconocimiento de parte de esta asamblea, a quienes expreso primeramente mi más profundo agradecimiento. Espero sinceramente, estar a la altura del mismo.

Quiero comenzar por agradecer, al menos a algunas de las tantas personas que han tenido una gran influencia en mi vida. A mi esposa Lupita, quien hoy me acompaña, por su incondicional apoyo a lo largo de estos ya casi 15 años de matrimonio. A nuestros dos hijos, que hacen que renazca cada día, en mí, la esperanza por la humanidad. A mis estudiantes, a quienes siempre intento enseñar algunas pocas cosas, pero de quienes termino aprendiendo tanto. A mis progenitores, que me dieron todo sin pedirme nunca nada a cambio y en especial a mi padre, que me enseñó que la curiosidad era algo bueno, pero el descubrir las respuestas uno mismo, era todavía más divertido. A mi institución de adscripción, el Cinvestav, por el apoyo incondicional que me ha dado para realizar investigación. A mis amigos, con quienes siempre he contado cuando los he necesitado. A los libros, de los que tanto he aprendido y, ¿por qué no? a la vida, que me ha dado mucho más de lo que sin duda me merezco.

Los minutos que me quedan, los quiero aprovechar para reflexionar brevemente sobre el quehacer científico. ¿Qué nos impulsa a elegir este camino? La verdad es que no lo sé y vaya que quisiera saberlo, porque si algo le hace falta a este país es tener más científicos. Pero tristemente, son tan pocos los que eligen este camino. Tal vez porque el ser científico pareciera estar reservado a los “nerds”, a los “mataditos” y a los “inadaptados”. ¿Será porque la fama de un científico se limita a aparecer en programas de canales culturales en horarios en los que ni los parranderos más empedernidos están despiertos? ¿Será acaso porque el hacer ciencia, por lo general, no nos hace ricos? Más bien, muchos científicos tienden a perder el poco dinero que tienen al seguir sus sueños. Como bien dijera Borges en uno de sus poemas: “vendí las tierras y compré los libros”. No lo sé, pero sí puedo decir que es lamentable que sean tan pocos los que, en nuestro país, eligen hacer ciencia. Yo estoy convencido que el mayor recurso con que cuenta un país son sus personas y de ahí la importancia de que en ellas se invierta. Pero debemos cambiar tanto en nuestro querido México, para que muchos entiendan que el progreso nunca llegará mientras sigamos comprando tecnología en vez de desarrollarla nosotros mismos. Qué difícil parece entender que es posible hacer investigación de primerísimo nivel en nuestro país, a pesar de los muchos obstáculos que hay que enfrentar para ello, y ejemplos abundan de ello. Tal vez sea porque el mexicano está genéticamente diseñado para enfrentar adversidades. Tal

vez sea porque en México hay tan pocos incentivos para que uno quiera ser científico, que quien decide seguir este camino es porque verdaderamente no se concibe a sí mismo haciendo ninguna otra cosa en la vida. O tal vez sea, simplemente, porque ser científico no requiere que seamos de noble cuna, ni rubios, ni altos, ni de ojos azules. Sólo requiere que seamos curiosos, observadores, persistentes, metódicos.

Por todo lo antes dicho, hoy más que nunca, resulta tan importante cultivar el interés por la ciencia en nuestros niños y jóvenes, como muy encomiablemente hacen, por ejemplo, la Academia Mexicana de Ciencias y el Instituto de Ciencia y Tecnología del Distrito Federal a través de diversos programas. Fomentar el deseo por aprender y comprender es quizás la mejor herencia que podemos dejar a nuestros niños. Si tanto daño hemos hecho ya a nuestro planeta, al menos no desperdiciemos nuestro recurso más valioso que es su gente, pues de ello dependerá, sin duda, nuestro futuro. Apoyar a la ciencia nunca nos hará daño. Al contrario, bien podría sacarnos del subdesarrollo. El dinero que en ella se invierte, nunca debe verse como algo desperdiciado. Como bien dijera alguna vez Abraham Lincoln: “si alguien cree que el conocimiento es caro, bien hará en saber lo que cuesta la ignorancia”.

Concluyo pues, pidiendo que no nos olvidemos del quehacer científico y de lo importante que es contar con un país en el que se cultive la ciencia y en el que se motive a todos los que en ella se interesen. Estoy seguro que, de hacerlo, nunca nos arrepentiremos.

Muchas gracias.